

Después, los preparativos revisten un carácter dramático, recreativo y ameno. Lo primero que suplica el aviador es que se halle dispuesta en la ría una lancha de vapor para el caso de una caída en el agua: con el mismo objeto, suplica a los individuos del Club de Regatas que, con sus lanchas y traineras, botes y canoas, recorran incesantemente la bahía... Además, cerca del hangar, con su material quirúrgico, se instala la ambulancia de la Cruz Roja. Pululan los médicos, no menos numerosos que los fotógrafos y los vendedores de *sinako* y boliches.

Mucho antes de la hora señalada, se aglomera la muchedumbre en el campo de aviación, resignada a las contingencias, arrojando el peligro con impasibilidad estoica. Se dan casos en que es más valiente el público que el aviador, y creo que acabo de asistir a uno de ellos, en este primer vuelo que en mi pueblo se ha verificado. El aviador nos tuvo cosa de dos ó tres horas, sentados en una silla, (los que no estaban de pie), esperando á que arreglase mecanismos que debieran estar corrientes ya; y cuando por fin se alzó, cerniéndose en los aires, (afortunadamente en dirección opuesta al sitio que nosotros ocupábamos), á los treinta y cinco segundos justos de hacer de pájaro, se dejó caer al blando colchón del mar, entre botes y traineras que allí esperaban este desenlace previsto. El salvavidas que ceñía ayudó á amortiguar la caída, siempre benigna, en todo caso, y á la media hora, cuando todavía comentábamos lo menguado de nuestro sino como espectadores de aviación, el *chauffeur*—que verdaderamente esto y no otra cosa son los aviadores,—despachaba tranquilamente unas copas de coñac ó de ron ó de lo que fuese, pues no me aproximé lo bastante para averiguarlo, en un café, rodeado de curiosos, (no me atrevo á escribir que de admiradores.)

Y entretanto, aprovechando el momento favorable, los rateros hacían de las suyas, desbaliando alguna casa, alguna tienda, de la cual se habían ausentado los dueños.

Tal es la diversión que en este momento se lleva la palma entre las que se disputan el favor del público. Y yo no conozco otra más insignificante, en el fondo, ni menos cultivadora de la inteligencia y la sensibilidad. Auguro que durará muy poco, y que, dentro de algunos años, los vuelos de espectáculo se habrán concluido, quedando en pie lo único que puede haber en este *sport*: el aspecto científico y el útil.

**

Leo en un diario una noticia que no quiero dejar escapar: en Costa Rica, las mujeres desconocen el uso del abanico, y el cónsul de España en aquella República hace un llamamiento á la industria abaniquera española, para que vea de aclimatar tal prenda entre los costarricenses.

Confieso que mi sorpresa es muy grande. ¿Existe aún, en algún punto del globo, algún país donde se desconozca algo? Yo creí que todo cuanto puede conocerse, se conocía ya en todas partes. El boyero que labra con yunta la heredad gallega, frente á las Torres de Meirás, canta el vals de los besos de *El conde de Luxemburgo*, y la humorística fantasía que supone que un viajero, en el Africa Central, sorprendido por una tribu de negros antropófagos, y arrojado al fondo de una prisión de hojas de palmera y bambú, pide por señas de beber, y en vez de un medio coco le presentan un sifón de agua de seltz y una copa de Bacarat, tiene ese fondo de verdad: que hoy todo cunde y se generaliza con la rapidez de las relaciones y comunicaciones que establece la industria.

No obstante, debemos presumir que el hecho no es inventado por el cónsul, y que muy pronto los abaniqueros, encontrando un mercado nuevo, inundarán á Costa Rica de abanicos caros y baratos, acostumbrándose las mujeres de aquella tierra muy cálida á disfrutar de tan lindo accesorio del traje, y á no poder prescindir de él, como no podemos prescindir aquí, en un clima templado y fresco. ¡Mujeres sin abanico! ¿Verdad que no se explica?

Yo siento por el abanico una especie de devoción. No sé por qué, me gusta más que cualquiera otra prenda del traje femenino. Está menos sometida á los caprichos, tantas veces arbitrarios y extravagantes, de la moda. Poco puede variar esencialmente el abanico, aunque en él la fantasía haya encontrado terreno propicio y fértil. La forma no admite grandes alteraciones, aunque varíe según las épocas, y son los menudos y delicados detalles los que difieren, sobre todo en el abanico de lujo, el primero que se conoció, pues durante largo tiempo, el abanico fué sólo prenda de damas, y la frase «sentarse y darse aire con un abanico» significó la ocupación propia de quien no está obligado á ganarse el pan para vivir.

Sin embargo, desde el siglo xvii encontramos el abanico en la burguesía (los retratos son testimonio) y en el xviii bajan al pueblo, y se difunden tanto que en la mujer española llega á ser el abanico prenda típica, sobre todo en las provincias del Mediodía. Aun hoy, vemos á las andaluzas inseparables de su abanico, caro ó barato, y los días de toros, es una cortina movable de abanicos la que se agita en los tendidos, como volante nube de policromadas mariposas. España debiera inundar de abanicos el mundo porque, según convienen frecuentemente los que acerca de ella filosofan, es..., un país de abanico.

**

El «huésped» sigue amenazando. A la hora en que esto escribo, existe, positivamente, cierta alarma en Europa. Hacía tiempo que la contingencia de una epidemia colérica se consideraba desaparecida, y he aquí que el caluroso verano actual parece ponerla sobre el tapete otra vez. Durante la Exposición de 1900, ante los temores de una peste, Francia, con gallardo arranque, aseguró ante Europa que, respondía de que la plaga no se presentaría mientras el Certamen estuviese abierto. No sé cómo podría hoy repetir este alarde. Es el sucio, mal oliente puerto de Marsella el que, por lo visto, propaga el azote. También en el mediodía de Italia cunde y se extiende, si no con las proporciones aterradoras de otras veces, al menos de un modo suficiente para alarmar, y sin duda el contingente de viajeros, los extranjeros que á fines del verano se diseminan por Italia y Francia, disminuirá este año notablemente. A nadie le gusta llevar el cólera en la rejilla del ferrocarril. Casi peores que el cólera mismo, son las precauciones y medidas higiénicas que obliga á adoptar. Del cólera me parece probable que nos libraremos, pero de las medidas no hay modo. Cuando os sentáis á una limpia mesa, sobre la cual se ostentan, en una cestilla de plata y cristal, mezcladas con frescas flores, las doradas frutas que empieza á sazonar el otoño, (uvas, melocotones, pавias, claudias que destilan miel, higos que de blandos y maduros se retuercen), cuando os sirven la raja de melón valenciano, la ensalada verde y riente en su blanca ensaladera, el guiso al cual el tomate presta relevado sabor, amén de color gratísimo—tenéis que rechazar el plato, torcer el gesto, y murmurar:—¡no puede ser! ¡Eso está vedado por la ciencia! ¡Eso encierra el peligro del Ganges!

Decía Heriberto Spencer que la solidaridad humana es tal, que si un inglés se rompe una muela tomando su te en un *bar* de la City, es porque un negro, en Cuba ó en la Jamaica, dejó una piedra en el azúcar que elaboró. Nosotros podemos decir también que si un hombre sucumbe entre calambres y espasmos de agonía en Niza ó en Marsella es porque, en las remotas comarcas gangéticas, un adorador de Siva y de Visnú arrojó á un río que cree sagrado un cadáver que piensa preparar así para la inmortalidad. Tal vez la peste negra, que tanto asoló á Europa en la Edad Media, no haya reconocido otro origen sino el que, al desaparecer la antigua religión egipcia, cesó también la costumbre de embalsamar y momificar los cuerpos, que era, seguramente, de las más higiénicas que ha practicado raza humana alguna.

Muchas veces pienso que este viejo pueblo secular, los egipcios, del cual sólo se nos habla como de una nación teocrática, sometida al yugo sacerdotal, fué de las más sabios y morales del mundo entero. Dícese que profesaban el culto de la muerte y no pensaban sino en construir necrópolis, pero observese que, dentro de esas sepulturas ostentosas, lo que los egipcios guardaban era algo incorruptible. Por momificar, momificaban hasta las carroñas de los animales domésticos, gatos, perros, íconeumones, y su dogma era que el Nilo, que fertilizaba sus tierras y abonaba sus cosechas, no debía ser ultrajado recibiendo en su corriente impureza alguna. Nótese el vivo contraste con la idea de los indios, que convirtieron al Ganges en vertedero é inmundiciario. Voltaire, aficionado á sorprender las contradicciones de las creencias, no hubiese dejado de sacar partido de ésta, tan flagrante: dos ríos «santos» que, en razón de su misma santidad, el uno es depósito de podredumbre y el otro se desliza respetado y puro.

¿Y qué hacen esos ingleses tan pulcros, que no enseñan á los indios á prevenir los contagios? ¿Por qué consenten tales supersticiones? Probablemente no les importan. Cuando Inglaterra ha logrado colocar su algodón, sus artículos más ó menos genuinos, su aguardiente, ha llenado la misión colonial que le incumbió. Algo de Biblia, por añadidura, podrá haber... Pero la Biblia camina despacio, y el cólera, como sabemos, pega saltos de cigarrón.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Volviendo la vista atrás, el mes de agosto me hace recordar siempre lo que con estereotipada frase se conoce por «la tragedia de Santa Agueda.» En este período de vacaciones veraniegas, imperiosas ó no, todo acontecimiento adquiere mayores proporciones, en razón del silencio y dormilona calma del ambiente. Tal ha sucedido ahora con el incidente del *Nu-mancia*, que si bien en la intención era grave, no pasó de secundario episodio de la lucha social ó, por mejor decir, antisocial; y tal sucedió, hará unos catorce años, con doble razón, al saberse que D. Antonio Cánovas había sido asesinado por otro anarquista como Sánchez Moya, el fogonero.

De estas sorpresas tienen las vacaciones.

**

Mientras se teje la sombría tela de la historia, el *sport* se propaga y difunde, y voy temiendo que pronto pase de moda, si es verdad que, como observó un ingenioso crítico, las cosas que empiezan á estar en boga en provincia, han caído ya en las grandes capitales, y no tardarán en ser olvidadas antiguallas.

Me tranquiliza un poco, (respecto á este problema, naturalmente) el saber que mi amigo el marqués de Viana ha sido herido en la cara, en Cowes, en una partida de polo; señal de que el más aristocrático de los *sports* no ha perdido nada de su prestigio, y tiene ante sí porvenir dilatado. Otros juegos físicos más modestos en cambio, se van vulgarizando de un modo tal, que ya oímos sin extrañeza sonar los nombres de «Foot-ball Club de Murrunchos» ó «Real Club de Callobreiras», y no nos sorprende ver, en mitad de una carretera, grupos de chiquillos desarrapados pujando del balón hasta morir, y reconocer en ellos al «equipo» de una de dichas parroquias, que en vez de entregarse al *sopitaipón* ó á la parodia de una corrida con un trapo que fué encarnado y ya es negro, se dan el pisto anglofilo de dedicarse al *fibal*, porque aquí, á estas playas del Noroeste, no ha llegado la noticia del «balompié.» ¡Somos más británicos que todo eso!

Si de este toque del *sport* pendía nuestra regeneración nacional, debemos de estar ya regenerados, porque el diantre del *sport* nos ha entrado de veras, y lleva trazas de arraigar en los últimos rincones de la Península.

Casi no interesan más diversiones que las que tienen por base el *sport*. La aviación, por ejemplo, es el *clou* de unas fiestas que están celebrándose en mi pueblo natal. Y no puedo menos de meditar en las agradables circunstancias de este aquí nunca visto espectáculo. Por lo pronto, la gente sufre una crisis aguda de curiosidad y otra de miedo. La curiosidad, naturalmente, es más fuerte, y nadie querría perder la fiesta, ni por un ojo de la cara: pero al mismo tiempo, la carne se pone de gallina y el vello se eriza, acordándose de los sucesos del aerodromo de París. Siempre es un progreso, la aviación, relativamente á los espectáculos del Circo: en éstos, el miedo es por cuenta ajena; en los del aerodromo, por la ajena y por la propia. Se tienen noventa probabilidades de ver cómo se estrella el aviador, pero hay unas diez ó doce de ser personalmente aplastado, reventado ó segado por una cuchilla que, como la espada de Damocles y la copa del racconto de Lohengrin, descende del cielo; y esto siempre comunica picor y emoción á la solemnidad.

Atra-
tas, y
Europi
Mend
parez
tariam
último
trar en
ral es

A di-
gunos
llamé
me da
extranj
do fe
vez no
el poe
pasen
estrépi
un ter
fia y cl
ni la c
un aut
rias fo
table,
derna,
obras
mesa l
exquis
dos, si
limpia
tiene e
indisp
near y

¿Y c
vil es
la plur
pavoro
gio? P
se hac
va á vi
tres, á
mirar
carácte
de hor
viejas,
misteri
costur
en que
nuas y
borear
la ganc
dor de
encont
tuales,
ladas,
en esa
sugesti
unas c
gorrin
se acal
gue en
de tod
mos p
aplasta
diabla